

El significado del trabajo en tres mujeres de Guadalajara, México: género, clase y generación

The Meaning of Work in Three Women from Guadalajara, Mexico: Gender, Class and Generation

RESUMEN

El tema de esta investigación se relaciona, por un lado, con el ámbito de los estudios acerca del significado actual del trabajo, y por el otro, con el del estudio del vínculo de dicho significado con la construcción de las identidades. En la confluencia de ambos campos de trabajo, se hizo una investigación que buscó entender la relación entre el sentido del trabajo y la construcción de la identidad de género, a través del análisis de las narrativas de trayectorias vitales de tres mujeres de Guadalajara, México, de clase media y de tres generaciones sucesivas de una misma familia. Se presentan en este trabajo algunos resultados de dicho análisis.

Palabras clave: trabajo, significado, género, clase, generación.

ABSTRACT

On one hand, the topic of this research relates to the scope of the studies on the actual meaning of work. On the other hand, it relates to the study of the link between such meaning and the construction of identities. A study was conducted at the crossroads of both lines of research, with the aim of understanding the relationship between the meaning of work and the construction of gender identity through the examination of the narratives of the life paths of three middle-class women from Guadalajara, Mexico, of three successive generations of a single family. This research work presents some of the results obtained from such examination.

Keywords: work, meaning, gender, class, generation.

1. Introducción

La concepción del trabajo ha cambiado en los nuevos contextos del capitalismo avanzado y del mundo globalizado. En este contexto, en lugar de enfrentar rutinas estables, carreras predecibles, vínculos fuertes de lealtad con la empresa a cambio de estabilidad laboral, la clase trabajadora ahora encuentra un mercado laboral flexible, empresas estructuralmente dinámicas con frecuentes e imprevisibles reajustes, nuevas nociones del tiempo y grandes exigencias de movilidad (Sennet, 2005 y 2007). Así, el trabajo se ha vuelto transitorio, innovador y temporal, a dife-

¹Universidad de Guadalajara (México), crispalvertina@hotmail.com

rencia del trabajo en el siglo XX que era estable, fijo y permanente, y los tradicionales vínculos de solidaridad fincados en la actividad laboral compartida se han transformado en lazos poco sólidos y de muy corto plazo, coherentes con el tipo de lazos sociales que, en general, ha traído la «modernidad líquida» (Bauman, 2005a; Dubar, 2002). Los proyectos de vida en la actualidad se construyen, según Bauman (2005b), en torno a la elección de lo que se consume y no alrededor del trabajo, la capacidad profesional o la disponibilidad de empleos.

Dubar (2002) señala que los cambios que ha tenido el trabajo a consecuencia de la globalización son contradictorios y que su estudio ha respondido a tres tendencias: la primera es la que sitúa en el corazón de la actividad laboral el sentido del trabajo como resolución de problemas; la segunda tendencia es la que plantea el trabajo como establecimiento de competencias; y la tercera, la que define el trabajo como relación de servicio. Esto nos pone frente al hecho de que el trabajo no significa lo mismo en los distintos momentos históricos, pero tampoco para los distintos grupos sociales de una misma época: para algunos, tenemos que el trabajo significa la manera de conseguir los medios para la sobrevivencia económica; para otros, la vía para la realización personal; para otros más, el espacio para construir vínculos sociales significativos fuera del ámbito familiar o el medio de proyección personal que reporta reconocimiento, prestigio y estatus.

El trabajo de las mujeres merece especial consideración ya que este, además de sufrir las transformaciones mencionadas en el mundo del trabajo actual, aún arrastra los viejos lastres del género. Se han hecho múltiples estudios en torno a las dificultades que afrontan las mujeres para construirse como sujetos sociales en el sentido amplio del término, si se entiende el trabajo como una fuente de realización y plenitud (Guadarrama, 2007). A partir de que las mujeres mexicanas se vieron empujadas al mercado de trabajo por las crisis económicas de los años ochenta del siglo pasado, se manifestaron diversas transiciones y rupturas que marcan ahora los recorridos vitales entre las obligaciones domésticas y extra domésticas, lo cual generó investigaciones en torno a si esta experiencia doble, simultánea, ambigua y ambivalente, podría rearticularse individual y socialmente en identidades que reflejen la condición genérica, laboral y generacional.

2. El significado cambiante del trabajo para las mujeres en México

En el orden social del México pre revolucionario las mujeres carecían de derechos políticos y civiles. No solamente no podían votar o comparecer y defenderse en juicio, sino tampoco tener acceso a una educación igualitaria o al derecho de administrar y disponer de sus bienes. Todo esto cambió una vez concluida la Revolución Mexicana (1910-1917) y promulgada la Constitución de 1917 en la que se dibujó un nuevo orden político que cambió el estatus de las mujeres en cierta manera. Aunque el derecho de las mujeres mexicanas al voto se retrasó hasta 1953 y continuó sin reconocerse explícitamente la diferencia sexual en términos generales en la nueva Constitución, dicha diferencia sí fue reconocida en el terreno de los derechos laborales. Asimismo, la igualdad salarial entre los sexos y la protección

a la maternidad de las trabajadoras cobraron categoría constitucional. Sin embargo, también se expidió la Ley de Relaciones Familiares que, si bien ampliaba los derechos de las mujeres como esposas y madres (incorporando así algunas de las demandas del feminismo constitucionalista liderado por Hermila Galindo), por otra parte, consagraban desigualdades tales como la obligación de las mujeres a las tareas domésticas y al cuidado de los hijos, lo cual fortaleció la separación de género de las esferas pública y privada (Cano, 1993).

En el terreno educativo, en México hubo desde el siglo XIX espacios de enseñanza para las mujeres, pero sin continuidad hacia otros niveles educativos. La entrada de las mujeres a la educación superior en México fue a través de la educación normal que, si bien no tenía la misma escolaridad que las carreras de educación superior, se consideraba una formación profesional. Las barreras jurídicas que impedían el ingreso de las mujeres a las universidades empezaron a franquearse en los años ochenta del mencionado siglo y se abrió paso a las primeras mujeres profesionistas. Desde las primeras décadas del siglo XX el avance de las mujeres en la educación fue cada vez mayor y un cambio en las mentalidades corrió paralelo a dicho avance. A mediados de los años setenta de este siglo inició en México un doble proceso: la participación creciente de las mujeres en los mercados de trabajo y el proceso conocido como masificación de la educación, iniciando por la educación básica, pero alcanzando progresivamente a los otros niveles educativos. Estos procesos fueron resultado de la democratización política y del consiguiente inicio del acceso masivo a los servicios sociales públicos, que implicaron también cambios en los valores relacionados con las familias, el trabajo y las mujeres (Palomar, 2017).

En cuanto al contexto geográfico y cultural en el que se sitúa este estudio, vale la pena mencionar que la ciudad de Guadalajara, fundada en 1542, es actualmente la capital del estado de Jalisco en el occidente mexicano, así como una de las ciudades más importantes de México por su industria, cultura, y economía, además de contar con una intensa actividad comercial, gran avance tecnológico y una diversa y activa vida cultural (Cabral, 2010). Algunos datos del desarrollo de la ciudad: en 1900, la ciudad ocupaba 985 hectáreas y 30 años después, había duplicado su extensión. En los años 50 cubría ya 4,180 hectáreas y en 1970 ya eran poco más de once mil. Esta expansión se corresponde con el crecimiento demográfico: «Durante tres siglos y medio el número de tapatíos creció muy lentamente. Para principios del siglo XX la ciudad tenía aproximadamente cien mil habitantes que 40 años después se había duplicado. Pero a partir de la década de los años sesenta el crecimiento fue una explosión» (Núñez, 2008). En 1980 se dio un notable crecimiento poblacional derivado de una intensa migración campo-ciudad, así como de un aumento en la demanda de espacios comerciales/empresariales y una deficiencia de espacios residenciales. Estas condiciones generaron un proceso de conurbación de la ciudad de Guadalajara con los municipios colindantes. La ciudad aumentó su extensión en un promedio de mil hectáreas y cien mil habitantes por año y, en la década de los noventa, el crecimiento se aceleró aún más. «Para el año 2000 la ciudad abarcaba ya 45 mil hectáreas. Dicho de otra manera, en 30 años la extensión de la mancha urbana cuadruplicó su extensión y cambió drásticamente la vida de los tapatíos» (Núñez,

2008). La población que se calcula en el 2020 para la zona conurbada de Guadalajara es de alrededor de 5 millones de habitantes (Gobierno del Estado de Jalisco, 2020).

A la sociedad de Guadalajara suelen atribuírsele históricamente dos características: un acendrado catolicismo y el conservadurismo en las costumbres. No obstante, esos atributos propios de las reducidas élites locales son ahora más bien un lugar común que tiende a repetirse por quienes ignoran los procesos de transformación de la ciudad y la diversidad de su población actual. Si bien Guadalajara fue un bastión en la guerra cristera (1926-1929), y cuenta en su historia con ilustres personajes religiosos además de albergar el Seminario Conciliar de Guadalajara y tener importantes devociones religiosas populares, también es cierto que la religión católica ha perdido en las últimas décadas gran cantidad de fieles y que en 2007 se contaban ya en la ciudad alrededor de cuarenta ofertas religiosas distintas (Gutiérrez et al., 2011). También es cierto que la ciudad ha tenido en su historia episodios de un intenso activismo conservador, pero es innegable que en la segunda década del siglo *xxi* Guadalajara cuenta con una población heterogénea de la que dichos sectores son ya solamente un par de mosaicos más de su composición humana.

En este contexto y en una temporalidad que abarca de 1925 a 2017, se sitúa el presente trabajo que parte de la siguiente pregunta, ¿qué significado tiene el trabajo para las mujeres de tres generaciones sucesivas de una misma familia de clase media tapatía² y cómo se relaciona este significado con la producción de las identidades de género en las narrativas de sus experiencias vitales? Responder esta pregunta permite establecer relaciones entre el sentido del trabajo, el género, la clase social y la generación, a partir de los datos producidos en entrevistas abiertas no estructuradas destinadas a recoger los puntos de vista de los sujetos, siguiendo el hilo conductor de su experiencia laboral. Entendemos la experiencia como una construcción que se estructura como visión subjetiva en el relato mismo de lo vivido y en el que, a través del lenguaje, se posicionan los sujetos y explican cómo se convierten en lo que son. No obstante, junto con Scott (2001), creemos que, si se considera el puro relato de la experiencia como la evidencia transparente que explica una situación socialmente determinada, se tiene el riesgo de reproducir los sistemas ideológicos que asumen que los hechos históricos hablan por sí mismos bloqueando la posibilidad de poner en cuestión lo que la origina y de comprender realmente en la experiencia contada, cómo se incorporan subjetivamente determinantes tales como la cultura de género y de las visiones del mundo propias de la clase social y la generación a la que se pertenece, lo cual era el propósito de este estudio.

3. El significado del trabajo: tiempo y cultura

Las mujeres de clases medias³ tapatías con frecuencia construyen un sentido ambivalente y hasta negativo en torno al trabajo, que se deriva del imaginario pro-

² «Tapatío» es el gentilicio de quienes son originarios de Guadalajara, en México.

³ Esta categoría se refiere no solamente al capital económico, sino también al capital social, cultural y simbólico de los sujetos. Aunque hay trabajos relacionados con la clase media en México (Barbosa, 2020; Porter, 2018), estos narran una realidad distinta. Por otra parte, desarrollar el tema de las clases sociales en Guadalajara desborda las posibilidades de espacio para este trabajo.

pio de su posición de clase y de género, y que tiñe su experiencia vital. En este sector social, la cultura de género suele ser tradicional, es decir, el establecimiento de roles de género suele ser más o menos rígido en cuanto a la distinción entre la masculinidad vinculada con el papel de proveedor económico, y la feminidad representada por el papel de ama de casa y de madre. A partir de estos esquemas el trabajo aparece como un elemento esencial en la definición de las identidades de género: es propio del mundo de los hombres, en tanto que les permite cumplir con su papel de proveedores, que tiene lugar en el espacio público y que responde a la lógica económica imperante en el orden social. Suele ser también un factor que conecta al padre de familia con sus hijos varones, al convertirse en un elemento de transmisión de valores, habilidades, saberes y bienes, considerados propios de la masculinidad. Por eso, en esta visión tradicional, el trabajo frecuentemente se encuentra vinculado con ideas de honor, virilidad y potencia sexual, hasta convertirse en la piedra angular de la masculinidad:

El mundo laboral es el espacio «natural» de los varones. En él se crean y se recrean; se identifican, se significan y se imaginan. El esfuerzo, el logro, la satisfacción, el fracaso y la frustración son mezcla de acciones y emociones que se despiertan cuando se habla del trabajo. No sólo es un ámbito en el que afloran sentimientos y se describen prácticas sociales, es ante todo el eje sobre el que gira la vida del sujeto. Asumirse sin empleo es perder, en parte, la identidad como varón. (Ramírez, 2006, p. 50).

El trabajo se muestra, así, como un elemento central para las identidades de género y, por lo mismo, sus efectos son determinantes en las relaciones entre hombres y mujeres. Señala Ramírez (op.cit.) que, «Cuando las mujeres trabajan o tienen la intención de trabajar, provocan distintas reacciones entre los varones» (p. 82), desde quienes se oponen a esa posibilidad para sus parejas y buscan prohibirla, hasta quienes la consideran algo deseable para la economía doméstica. El trabajo tiene un potencial conflictivo entre las parejas por desacuerdos relacionados con los horarios laborales o la distribución de los ingresos, entre otros. Este mismo autor señala que en algunos varones se teme a la autonomía que las mujeres podrían alcanzar por medio del trabajo, así como a la posibilidad de que entablen vínculos con nuevas personas, ya que consideran ambos factores amenazantes para el control que desean tener sobre su pareja.

Por otro lado, el ámbito doméstico, considerado como femenino por excelencia, que alberga la ideología familiar cargada de sentimentalismo y cuya racionalidad es «más pura» en tanto que se mantiene lejana del mundo económico, al que se considera peligroso y sucio (Douglas, 20067), es entendido como el propio de las mujeres. Ahí tienen lugar aquellas actividades acordes con la división sexual de trabajo tradicional de roles separados: la maternidad y la crianza, el trabajo de cuidado en general y el mantenimiento del espacio doméstico, a las que no se reconoce el estatus de actividades laborales, dado que no son retribuidas económicamente y son realizadas por razones afectivas, ya que se asume que las mujeres son por naturaleza amorosas y sacrificadas. De esta manera, el trabajo remunerado no so-

lamente se considera un terreno restringido para las mujeres, sino que ha sido cargado de connotaciones negativas en la medida en que, como se señaló más arriba, es entendido como una afrenta para el honor de los maridos (quienes serían vistos como incapaces o impotentes), supone el abandono de los hijos (que se relaciona con sus problemas o patologías presentes o futuros) o el franco rechazo a la maternidad (juzgado antinatural). Por lo tanto, el trabajo remunerado para las mujeres es visto con recelo, ya que conduce al borramiento de las fronteras que delimitan con claridad las identidades y preservan el orden de género.

4. Tres generaciones de mujeres frente al trabajo

Las mujeres que participaron como sujetos de investigación pertenecen a tres generaciones sucesivas de la misma línea familiar en Guadalajara, México. Si bien en lo más general podría calificarse a esta familia como de clase media a partir de sus condiciones socioeconómicas, para lograr un esbozo más amplio del universo simbólico de las entrevistadas también se tomaron en cuenta otros elementos propios de distintos tipos de capital disponibles: capital cultural, capital social y capital simbólico. Estas formas de capital hablan tanto de las redes sociales con las que cuentan los sujetos, como de una sensibilidad particular formada a partir de ciertos valores e ideas del mundo, los cuales son recursos importantes que se traducen en oportunidades y privilegios palpables.

a. María: el trabajo como voluntariado y servicio a los demás

La primera mujer entrevistada -a la que llamaremos María-, es una mujer que tenía 88 años en el momento de la entrevista. Dice que lo que más le gusta es leer, escribir, y, sobre todo, contar lo que ha vivido, pero tiene otros gustos, por ejemplo, la música clásica, y también cantar y tocar guitarra. Va poco a museos, aunque conoce todos los de la ciudad, pero también le gusta mucho el cine, el teatro, el ballet y la ópera, así como ir al campo y a la playa. Tiene propiedades que heredó de su padre, pero su administración ha estado en manos de su marido a lo largo de su matrimonio. Es una mujer llena de vida y que transmite claramente que la ha disfrutado y que esta ha sido rica para ella en todos sentidos.

María nació en 1925 en un pueblo cercano a Guadalajara. Su padre era propietario de amplias tierras y productor agrícola, mientras que su madre era hija de una familia que tenía una hacienda en la misma región. Ella se dedicaba a su casa y a su familia. María fue la hija mayor de los cinco que tuvo la pareja y creció en el pueblo donde nació, pero a los once años fue enviada a un internado para niñas de monjas católicas que estaba en San Luis Potosí, en donde estudió la primaria y la secundaria. Ahí aprendió taquigrafía y mecanografía, y obtuvo un título de secretaria reconocido por la Universidad de esa ciudad. A los 18 años regresó a su pueblo, en donde, en los años siguientes estudió corte y piano, entre otras cosas, y participaba en la vida social. Acerca de esos años, María cuenta lo siguiente:

Tanto mi mamá como mis hermanas, aunque no trabajamos, siempre hemos estado muy ocupadas... en estudios, en lecturas, en... todo eso que hace una muchacha cuando no trabaja, pero sí tiene inquietudes intelectuales. Nos mandaban al colegio, pero luego ya no [hacíamos nada]... a tu casa, a hacer cajeta de membrillo, a coser, lo que tu gustes, a [mi hermana] y a mí, [mi papá] no nos dejó entrar a universidad. Mira, de mis amigas, solo dos entraron a una universidad... Nada más. Todas las demás, ahí nos tienes. [...] [Mi papá decía:] «¡las mujeres no tienen para qué estudiar!», pues lo que decían los hombres antes: «se van a casar y para qué estudian, es puro dinero tirado a la calle». Bueno, pues entonces [le decía yo] déjame trabajar, mira, me ofrecen un puesto de maestra. «¡Qué esperanzas! Le vas a quitar el puesto a una que lo necesite; no y no, y nada. Ponte a ayudarle a tu mamá en la casa». Teníamos como quince sirvientes, ¿a qué le ayudaba, a ver, a qué? ...Mi mamá se pasaba la vida escribiendo, iba a juntas de la Acción Católica... tenía muchas amistades... Fíjate que ya los hombres tenían que estudiar y trabajar todos, porque tenían que mantener a sus familias. Pero las mujeres no, las mujeres no... [...] «tú te estás en tu casa encerrada, haciendo quehacercitos». Así estuve yo, haciendo quehacercitos...⁴

Sin embargo, y aunque se suponía que las mujeres no trabajaban, María creció rodeada de mujeres muy activas. No solamente su mamá era muy activa en su casa -en la cocina, escribiendo, haciendo actividades de ayuda social-, sino que también hubo otras figuras femeninas en la familia relevantes por su trabajo, como una tía materna, de la cual se expresa como sigue:

A mi tía D., ay, ay, ay, o la amabas o la odiabas, porque era una mujer muy dura con ella misma y con los demás. Conmigo fue linda y yo la quise mucho, pero ella primero me llevó a la Cruz Roja [en donde era enfermera voluntaria], para que aprendiera. ¡En la Cruz Roja! Ella no estudió nada, ella dejó el colegio cuando la Revolución, muy joven, y luego se casó muy jovencita, a los 19 años y, tuvo una hija, yo creo que [se casó con él porque] estaba desesperada por salirse de su casa... Ay, en su casa ya se ahogaba... ella era como la mamá de todos los hermanos. D. siempre tuvo las riendas de su familia... [con ella] las mujeres de la familia aprendieron que podrían ser productivas, que podían hacer algo...

Algo similar pensaba de las monjas del colegio en el que estudió; las consideraba «mujeres productivas, letradas, que sabían de todo... las monjas sí parecían decir a las niñas del colegio: se puede ser de este modo y se puede ser gente productiva.»

María se casó en 1952 a los 27 años, con un ingeniero de Guadalajara de una familia del mismo círculo que sus padres, y después se instalaron en esta ciudad. Tuvieron diez hijos, la mitad de ellos mujeres. De los años que transcurrieron entre las múltiples maternidades, María dice lo siguiente:

...al principio no hacía nada, nada, más que cuidar niños. [no me gustaba] jaja, pero no tenía más remedio. Mira, hay una fotografía del día del bautizo del

⁴ Las citas de este apartado provienen de la transcripción de una larga entrevista realizada por la autora a María, el 14 de marzo de 2014.

séptimo, en la que tengo a este abrazado; de la mano tengo a un niño que no andaba [todavía]. Otra niña que apenas caminaba. Luego, los dos niños mayores, elegantísimos, y luego las niñas más grandes, chiquitos todos, y todavía faltaban (de nacer) tres. Yo todavía no entiendo cómo pasé esa época, cómo no protestaba, cómo me dejaba, cómo no decía «ya, ya no quiero». Sí decía, pero no me hacían caso. De nada servía. De nada, de nada... tenía un niño cada año, ¿pues qué más hacía? Mira, me casé en enero del 52, y en octubre del 52, a los 9 meses y cuatro días, nació la primera. Luego, al año quince días, nació la segunda; luego, al año un mes, nació el tercero. Y así te puedo ir diciendo las fechas de nacimiento de todos... ¿qué más hacía? Pues nada, ¿verdad? Cuidar niños, peinarlos muy bonito, llevarlos aquí y allá, sacarlos al parque, ay, bueno, fue terrible, fue terrible, sí. Terrible, terrible, terrible.

Sin embargo, María contó con personal de servicio para el trabajo doméstico y el cuidado de los niños, por lo que poco a poco ella pudo dedicarse a otras actividades, lo cual relata como sigue:

Mira, cuando ya empezaron a crecer [los hijos], mi vida cambió. Cuando la menor tenía ya diez o doce años, yo me metí, primero, a trabajar con doña ER, a lo de las costuras – que todavía sigo haciendo, ¿eh? -, no era trabajo pagado, era de voluntaria; de trabajo pagado, nada. Pura voluntaria. Y luego, entré a [una asociación civil que promovía el desarrollo social], también de voluntaria. Trabajo pagado no he tenido jamás. Jamás, jamás... Porque no he necesitado. Pues aquí, afortunadamente, pues el señor [su marido] me mantiene y me mantiene bien, y no me falta nada, entonces yo he trabajado de voluntaria. En [esa asociación] trabajé muchísimo de voluntaria, en alfabetización, y luego en esto mismo de los bordados haciendo que... mis costureras han ganado un dineral, porque yo las enseñé, les hacía todo, les llevaba la tela, les vendía las costuras, pero yo, trabajar para mí, nunca, fíjate que no. Y me ha hecho falta. A todo mundo le hace falta trabajar para ganar, aunque sea poquito... porque creo que nos sentiríamos mucho más útiles, mucho más útiles sabiendo lo que es trabajar por un sueldo, por un salario, por lo que sea. [Pero] yo sí, cómo no, me sentía útil, me sentía indispensable. Y luego, pues tomé muchas clases, clases [por ejemplo] de historia, de literatura, cuanta clase se me ofrecía, yo la tomaba... diplomados... [Y también] di clases, en la secundaria, daba clases de historia. Trabajé en muchísimas cosas, no tienes idea, ya ahorita que ya no hago nada, ay, vieras qué falta me hace. Muchísima falta. Mira, sigo con mi quehacer de los bordados, pero pues ya no hago nada más.

A la pregunta de por qué hacía todas esas cosas, María contestó:

Por gusto, por gusto. A mí no me gustaba... en este caserón, yo sin hacer nada... Tenía cocinera, tenía quien me limpiara la casa... bueno, pues yo hacía lo que me gustaba. Y, además, lo que creía que era necesario para ayudar a los demás, ¿verdad?

Vemos entonces que, para María, el significado del trabajo tiene que ver con un aprendizaje menosprecio al ocio que la llevó a buscar cómo dar sentido al tiempo a

través de ocupaciones útiles y en diversas formas de ayudar a los demás, porque el trabajo pagado era un privilegio de quienes lo necesitan como forma de subsistencia que había que respetar. Para las mujeres de su grupo social, las únicas posibilidades de acceder al mundo del trabajo eran por la vía del voluntariado y con la justificación del servicio a los demás. De esa manera, las mujeres que se empeñaban en trabajar sin necesidad de remuneración evitaban que su marido se sintiera confrontado en su masculinidad y también que se cuestionara su calidad moral como madres. Al respecto, María dice:

No, [mi marido] nunca me dijo que no hiciera mis cosas, pero yo tampoco le preguntaba. Yo hacía lo que me daba mi gana. Me dejó en paz, me dejó ser, hacer lo que quería. Que había cursos, pues yo me iba a los cursos; que vamos al Cerro del Cuatro, pues yo me iba al Cerro del Cuatro. Lo que quería, lo que quería lo hacía, porque ya mis hijos estaban grandecitos.

No obstante, María parece tener muy claro lo que corresponde a cada sexo, y distingue los trabajos para hombres y los trabajos para las mujeres. Al respecto, señala:

[Las mujeres] Tienen más habilidad manual; intelectualmente no hay diferencia, lo que pasa es que, como las mujeres estuvimos aisladas de todo tantos años, nos está costando un poco de trabajo incorporarnos a la vida. Pero en capacidad tenemos la misma... En mi tiempo las mujeres no trabajaban en nada y ahora ya se meten un poco en la vida laboral... ya se meten mucho, ya saben más de finanzas, ya saben más de tratos con los hombres, ya saben más de todo lo que es la vida. O sea que el trabajo cambia a las mujeres. Yo veo que en la familia son más fuertes las mujeres que los hombres, definitivamente. Mira, de mis hijos (tengo diez, cinco y cinco), las cinco mujeres son mucho más inteligentes y productivas que los cinco hombres ¿Por qué será? En mi medio, los muchachos trabajaban desde jóvenes porque sentían la obligación de que a ellos les correspondía después mantener a la familia, pero como a veces ellos heredaban mejor que las hijas... algunos mejor ni trabajaban. [Mis hijas] todas trabajan. ...son dos maestras, dos arquitectas y una política... Y bueno, por supuesto que mis hijos hombres todos tienen una chamba, un modo de vivir, unos [son] agricultores, otros camaroneros...

Es decir, se da por sentado que los hombres «tengan una chamba», pero no que la tengan las mujeres. Aun así, a María le sorprende que haya quienes prefieran «hacer nada» que trabajar, por las razones que sean. Asegura que el trabajo es importante, más allá del salario que puedas recibir a cambio. Dice:

[El trabajo] Te da satisfacción personal, como que te realizas, como que eres más tú. Si tienes un trabajo, de lo que sea, voluntario o pagado. Yo disfruté mucho mis trabajos... muchísimo, muchísimo. Y todavía los añoro. Añoro ir al Cerro del Cuatro, a sentarme con mis costureras. Ya no lo puedo hacer. Ya no te responde ni tu cabeza, ni tus reflejos, ni tus piernas, ni tus brazos.

Vemos entonces que María ha pasado su ya larga vida buscando cómo ser útil más allá del ámbito doméstico y familiar. Ella quería trabajar y como no podía hacerlo como actividad remunerada, una vez que sus obligaciones de género lo permitieron, se entregó a múltiples actividades que le dieron la satisfacción de ser útil y productiva.

b. María Inés: el trabajo, recurso ante la adversidad y proyecto de vida

La segunda mujer entrevistada para este estudio, a la que llamaremos María Inés, nació en Guadalajara en 1957 y fue la quinta hija de María. Hizo sus estudios básicos y medios en un colegio de monjas para niñas, y posteriormente estudió la licenciatura en Antropología en una universidad privada también local. Estuvo casada durante quince años con un hombre que no era tapatío y con el cual tuvo tres hijas. En el momento de la entrevista, María Inés tenía ya más de quince años de haberse divorciado y cuenta que fue a raíz de ese hecho que en 1995 comenzó a trabajar como maestra de música en varias escuelas de niños pequeños. Unos años después, y mientras continuaba con este trabajo, estudió una licenciatura en Educación Preescolar. En el momento de la entrevista, María Inés es maestra de música en una escuela primaria, tiene 56 años, no tiene pareja y tiene dos propiedades a su nombre. Sus hijas tienen 30, 28 y 26 años y son solteras. Solamente la menor vivía entonces con ella.

María Inés es una mujer tranquila a quien desde muy joven le gustaba cantar y tocar guitarra, pero también ir a conciertos de todo tipo de música (menos de ópera). Disfruta mucho los festivales de música y aprovecha todos los espectáculos gratuitos que hay en la ciudad. También le gusta ir a museos o exposiciones, pero no lo hace frecuentemente porque cuando tiene tiempo libre muchas veces prefiere quedarse en su casa a descansar o ir a Chapala⁵. No tiene mucha vida social, pero le gusta el contacto con la naturaleza, ir a la playa y al campo, a donde a veces va a hacer caminatas con un grupo de amigos. También le gusta el cine y le gusta leer, sobre todo novela. El teatro no está entre sus principales gustos. De joven jugó volybol y tenis, pero se lastimó y no volvió a jugar. Ahora hace yoga.

Cuenta María Inés que de niña no veía en su horizonte el tema del trabajo. Cree que eso quería decir que asumía que solamente los hombres eran los que tenían que trabajar para mantener a su familia, pero las mujeres no. Dice que esas son ideas que se aprenden sin que se digan abiertamente, que son cosas que «vas como mamando» sin darte cuenta y que, sin embargo, determinan lo que se piensa y se hace después. Sin embargo, en la entrevista María Inés revela la presencia de mensajes encontrados en relación con la importancia del trabajo de las mujeres porque, por un lado, así como las mujeres eran muy activas y hacían muchas cosas, se transmitía la idea de que quienes tenían obligación de trabajar eran solo los varones. Por otro lado, el padre de María Inés no rechazaba el trabajo de sus hijas, al contrario, lo apoyaba.

5 Pueblo cercano a Guadalajara que está al borde de la laguna del mismo nombre y que es un tradicional lugar de vacaciones o paseo para los pobladores de la ciudad.

Señala María Inés que, si bien mientras crecía no pensaba en el trabajo como una obligación para sí misma, *sí era muy importante* para ella tener un proyecto de vida personal, pues eso era lo que veía en su mamá, en su abuela y otras mujeres de la familia, quienes se dedicaban a muchas actividades, pero no como un trabajo remunerado. Habla elocuentemente de las mujeres de su familia de generaciones anteriores que se dedicaron a múltiples actividades de manera voluntaria, lo cual ella misma hizo en una organización civil dedicada a apoyar a las familias de personas con diabetes.

Relata María Inés que en el colegio en el que hizo sus estudios de secundaria se enseñaba a las niñas a ser secretarías: se les daba clases de taquigrafía, mecanografía, correspondencia y archivonomía. Se partía de la idea de que, si algún día las alumnas se veían obligadas a trabajar, podrían tener al menos ese oficio para ganarse la vida. Al terminar la secundaria, se les extendía un certificado de carrera técnica que las acreditaba como secretarías. María Inés cuenta que, si bien ella nunca pensó siquiera en ser secretaria, las clases de correspondencia y de mecanografía le han sido de mucha utilidad en la vida.

María Inés se casó a los 20 años, cuando todavía estaba en la universidad estudiando Antropología. Terminó la carrera ya casada y en los primeros años intentó hacer la tesis, no lo logró y nunca hizo el examen profesional para recibir el título. Al parecer, cuando nacieron sus hijas la misma carrera perdió sentido para ella:

...después que empecé a tener hijas, pues ya olvídate de trabajar. Yo ya nunca volví a pensar en trabajar, por dos cosas: una, porque los niños te absorben todo el tiempo y porque me casé con un macho que dijo «yo te mantengo»... Macho mexicano tremendo que no... todo lo que era trabajar era amenazante [para él], entonces olvídate, ahí me quedé muchos años atrapada, pero como estaba teniendo hijas, pues... para mí fue un trabajo agotador, tener una, luego a los dos años tener otra, luego a los dos años, tener otra... este...todo el día te la pasabas en eso, todo el día estabas dedicada a... las niñas, y fueron... pues, ¿cuántos años? Fueron desde el 83 que nació la primera, hasta el 90, por ahí, 90-92, cuando las tres estaban todavía muy chiquitas, pues olvídate, no podía, yo sentía que no podía trabajar.⁶

Pero no nada más no podía trabajar, sino que no podía hacer ninguna otra cosa más que cuidar a sus hijas. Mientras las niñas crecían, María Inés pasaba el tiempo dedicada a atenderlas y al trabajo de la casa, lo cual la cansaba mucho; dice que no está segura de que le haya gustado esa vida, pero sí de que hizo lo que había que hacer para que sus hijas estuvieran bien. No le gustaba cocinar ni el trabajo doméstico, pero tenía que hacerlo,

porque mi marido no ayudaba en nada, absolutamente en nada... él trabajaba en un banco en donde había trabajado su papá... tres o cuatro años. Después salió del banco y empezó a hacer casas para vender, porque tenía la facilidad de que le daban créditos... tenía ya los créditos ahí a la mano [en el mismo banco]. Entonces sí, en esos años pues le fue bastante bien.

6 Todas las citas de esta sección corresponden a la transcripción realizada por la autora a María Inés el 9 de abril de 2014.

Sin embargo, pronto se dio cuenta María Inés de que su marido no estaba dispuesto a compartir con ella el dinero que ganaba, aunque ella hacía todo el trabajo de la casa y, por lo tanto, dependía económicamente de él.

Depender [económicamente] de mi marido se me hacía... normal. Porque era algo socialmente establecido y además [porque] teníamos tres hijas en común, entonces se me hacía normal. Lo que se me hacía injusto y siempre me ha parecido injustísimo es que, si tú llegas a un trato matrimonial con él, [que luego] todo el dinero sea nomás suyo y para ti, «solo lo que yo quiera darte». Pero es que lo que tú haces no es valorado, no se ve como trabajo, nada. Se ve como algo que tienes que hacer porque así te toco y punto... parece que no cuesta ningún esfuerzo, lo quieres hacer, pero lo tienes también que hacer porque no hay de otra.

Habla de que el modelo de vida de su familia de origen marcó su percepción y sus expectativas en su vida de pareja, así como sus ideas sobre el trabajo. Su marido no era generoso y era muy controlador, lo cual dio lugar a conflictos en la relación que se fueron agravando hasta que María Inés tomó la decisión de dejar a su marido y llevarse con ella a las hijas. El proceso terminó en un divorcio que relata como «mal asesorado legalmente», porque, al final, se quedó sin recursos para mantenerse y para mantener a las niñas. Fue entonces cuando decidió que tenía que pensar en hacer algo que le diera dinero porque el marido solamente pagaba la colegiatura de las hijas; el resto, ella tenía que resolverlo. La casa en la que habían vivido era del marido y no pudo hacer nada para pelear por un reparto más justo de los recursos. De cualquier manera, piensa que fue un acierto haber dejado a su marido. Lo dice de esta manera:

fue una buena decisión salirme y entonces sí tuve que trabajar para ganar dinero...me pareció... me pareció retador, pero muy bien. Sí, porque, pues no tenía ni título, no había trabajado nunca, tenía muchos años cuidando niñas; como quien dice, no sabía hacer nada, absolutamente nada, y andaba buscando qué hacer... tampoco quería yo meterme a un trabajo que me absorbiera todo el tiempo... porque consideraba que mis hijas estaban en una etapa difícil por la separación y quería pasar tiempo con ellas

Los padres de María Inés la acogieron con sus hijas en su propia casa y la apoyaron económicamente, así que la necesidad de encontrar un trabajo para mantenerse no era perentoria y pudo esperar una oportunidad que se adaptara a lo que buscaba: un trabajo que le permitiera atender a sus hijas y ganar algo de dinero. Esta oportunidad llegó gracias a las redes sociales de María Inés. Sin embargo, el primer trabajo que tuvo no fue algo que realmente le gustara. Para ella era importante tomar ese factor en cuenta para trabajar y eso llegó un poco después. Lo cuenta de la siguiente manera:

...dije, pues «¿a mí que me gusta?» ...me ofrecieron suplir a una maestra de Música en una escuela preescolar y entonces dije: «Sí, pues sí; lo único que sé es cantar cancioncitas» ... Pero pues a la hora que vi, pues no es tan fácil controlar

un grupo de 35 niños, ni es tan sencillo... No, pues tiene su chiste. Entonces pues cuando me invitaron de suplente, busqué todas las ayudas que pude, o sea, fui con amigas que ya tenían tiempo trabajando en eso en otro colegio y les dije, pues enséñenme porque estoy a punto de aceptar algo que no tengo ni idea de cómo hacerle. No es lo mismo tocar cancioncitas que dar clases de Música. Entonces ya, pues así empecé, pero aventándome, así, con nada de elementos... empecé a tomar las clases de pedagogía y a investigar y a perfeccionarme, [porque] si eso era lo que quería hacer...

Este trabajo le permitía a María Inés poner en práctica dos cosas que realmente le gustaban: cantar y trabajar con niños pequeños. No hizo estudios formales para desempeñarse en ese trabajo, pero sí tomó clases de pedagogía musical y otros cursos que le ayudaron a hacerlo bien. También estudió dos años de Música en la Escuela Sacra, en donde encontró que el nivel musical era muy bueno pero que los maestros eran demasiado estrictos, lo cual no le gustó porque para ella la música debe ser un placer y no un deber.

María Inés vivió en casa de sus papás con sus hijas durante año y medio después de divorciarse. Más adelante, con la ayuda de su papá compró un terreno y construyó una casa cerca de la ciudad y se fue a vivir para allá. Para María Inés era importante tener un espacio para ella y sus hijas. Quería ser autosuficiente. Intentó buscar trabajos que fueran mejor pagados, pero fue difícil. En esos años, el horario de trabajo de María Inés estaba saturado y ganaba bastante poco: trabajaba en dos primarias y en dos escuelas de preescolar. Pasaba toda la mañana en las diferentes escuelas dando clases y por la tarde ofrecía clases privadas de guitarra. Así pasaron algunos años hasta que sus hijas crecieron y dejaron de depender de ella. Poco a poco fue bajando la carga de trabajo y un tiempo después solamente se quedó en dos escuelas, lo que simplificó su vida porque, aunque ya no tenía la preocupación de mantener a sus hijas, comenzó a necesitar tiempo para, luego de acordarlo con los hermanos, acompañar a sus papás, ambos de buena salud, pero viejos y con necesidad de atención.

El trabajo, para María Inés, es importante no solamente por el salario, sino también porque cree que a través de este se logran otras cosas valiosas. Lo dice de esta manera:

un trabajo siempre te hace sentir útil, que tu vida tiene algún sentido, y creo que el trabajo da mucho sentido de vida... Nada de trabajo se me hace horrible, en hombres y mujeres... Yo con el trabajo he aprendido a valorarme muchísimo, a valorarme como persona capaz de dar algo de ti en un trabajo, de crecer haciendo las cosas lo mejor que puedes, o sea, haciendo el esfuerzo de capacitarte para desempeñarte en un trabajo, ¿no? Eso es lo que he aprendido, como a valorar mis capacidades. [Con el trabajo] te sientes capaz de algo cuando antes no te sentías [así]; aunque trabajar de mamá es un trabajo tremendo y, la verdad, poco valorado... el trabajo te da eso, te sientes capaz de algo, te sientes capaz de sobrevivir pues...

Ahora, las hijas de María Inés han crecido y ellas también trabajan; las ve batallar por encontrar lo que las satisfaga, pero está segura de que lo harán.

c. Ana Paula: el trabajo como creación, desarrollo y medio de sobrevivencia

La tercera mujer entrevistada es Ana Paula, nieta de María y tercera hija de María Inés. En el momento de la entrevista, tiene 26 años; se presenta diciendo: «... estudié Artes Plásticas, licenciatura en Artes Plásticas para la Expresión Plástica, y me especialicé en escultura. Soy soltera...». No tiene propiedades a su nombre ni ahorros, pero sí una cuenta de banco en donde le depositan su salario.

Ana Paula estudió en colegios privados, pero, a diferencia de su mamá y su abuela, estos colegios eran laicos y para niños y niñas. Ahí estudió desde la primaria hasta la preparatoria y la carrera la hizo en la Universidad estatal. Le gusta ir al cine, a exposiciones artísticas de pintura, de escultura, aunque no va muy frecuentemente porque termina muy cansada de trabajar y prefiere hacer ejercicio y descansar. Los fines de semana trata de salir de la ciudad, «aunque sea a Chapala», y de aprovechar el tiempo para hacer proyectos personales, como diseñar ropa. Le gusta estar en su casa, ver películas y leer novelas que su abuela le presta. No le gusta mucho la vida social, pero sí le gusta la música: el rock, la clásica, pero no la música de banda ni la música pop. Tampoco la ópera. El cine le gusta, aunque no tiene preferencias claras. También le gusta bailar y hacer ejercicio; un tiempo jugó voleybol de playa, pero lo dejó porque se deshizo el equipo. Ahora corre.

Desde niña a Ana Paula le gustaba hacer actividades manuales y venderlas para tener algo de dinero. Pero cuando decidió estudiar Artes Plásticas, su papá se sorprendió porque no era lo que él esperaba, le parecía «muy hippie». Sin embargo, la apoyó. Terminó la carrera, pero, en el momento de la entrevista, aún no se había titulado por desidia y porque no ha tenido tiempo, pero quiere hacerlo pronto. Para hacerlo es necesario presentar un proyecto para que sea aprobado por maestros y hacer una exposición.

Cuando la entrevisté, Ana Paula vivía con su mamá en un fraccionamiento fuera de la ciudad y trabajaba en una joyería, haciendo diferentes cosas. Entró ahí por el trabajo en cera que luego se funde en plata. Hacía los diseños y el modelo, y dice que era un trabajo muy artesanal. Trabajaba con ámbar y otras piedras, haciendo escultura a pequeña escala. Para este trabajo, dice que le ha sido muy útil lo que aprendió durante la carrera, y también en otros lados: tomó cursos de grabado y, en España estudió Historia del Arte, Cerámica y Dibujo, en Bellas Artes en Sevilla.

A Ana Paula le gusta su trabajo; si bien la razón por la que entró ahí fue porque necesitaba estar ocupada con cualquier cosa para salir de una «mala racha» personal, poco a poco fue gustándole más por ser parte del equipo creativo que le permitía hacer justo lo que le gustaba. Dice:

yo estoy en el diseño, o sea, con la dueña. Eso está padre. Entonces muchos proyectos son directamente conmigo. Y me llevo bien con ella, nos entendemos. O sea, ella me da la idea... y luego empiezo a trabajar, le hago propuestas, y ya me va diciendo «este sí, esta no, esta me encanta». Se las doy dibujadas, es como el primer paso, hacer bocetos y luego, ya hacerlo en cera, entonces por ese lado estoy muy bien porque estoy haciendo lo que me gusta y aprendiendo cosas, estoy aprendiendo muchísimo porque yo no tenía idea de la joyería... Tienes que tomar

en cuenta muchísimas cosas, como el peso; o sea, no la puedes hacer muy pesada en cera porque son gramos en plata que lo hacen mucho más caro. Entonces hay que cuidar así todo tipo de detalles, que si está hueca o no...⁷

Igual que en el caso de María Inés, para Ana Paula fueron importantes sus contactos sociales para conseguir el trabajo. Cuenta cómo encontró esa oportunidad:

Estuvo muy chistoso. Una amiga que era compañera mía en la preparatoria y que es un par de años más grande que yo, me habló un día así, de que «oye, ¿qué andas haciendo? Necesito alguien que me ayude porque yo no puedo, ya se me cargó la chamba y necesito a alguien de confianza, si andas libre, pues vente» ... ella es ... como la mano derecha de la dueña. Todo resuelve, todo le hace, hace todos los pedidos, logística, todo... Y entonces yo llegué ahí y me dijo, «mira, la chamba es muy aburrida. Yo necesito a alguien que haga en Excel notas de venta», pero yo en ese momento estaba como con este rollo de no querer sentirme una *looser* ... andaba como muy deprimida porque mi novio me había mandado a la fregada y entonces me parecía que lo que fuera estaba bien para no estar pensando todo el tiempo en eso, que no tenía chamba, que el novio me había cortado... Mala racha. Y entonces sí, le dije «voy». Entonces llegué ahí, y ...dije bueno, está bien, y empecé con las notas...y, o sea, cómo es la vida de chistosa... ocho meses antes una señora me invitó al Colectivo a hacer una expo... Entonces yo expuse una serie de móviles, unas esculturas... y fue la dueña de la joyería a la expo, yo no la conocía de nada, y ahí me dijo «oye, me encantan tus piezas, parecen joyería, sería increíble hacerlas en joyería, ¿cómo le hiciste?» Y ya, pues le expliqué la técnica y así, y me dijo «ah, pues me gustaron mucho, muchas felicidades, mucho gusto». Y ya, ahí quedó, y ocho meses después llego yo a su taller, yo ya no me acordaba de ella ni nada. Y entonces llego ahí con mi amiga, y me explica la chamba, y me dice «ponte a la compu». Y llega la dueña y me ve, me reconoce y me dice «¿Qué estás haciendo ahí? No, no, vente a la mesa de trabajo y ponte aquí a chambear. Y de hecho ahorita necesito a alguien que esté en este puesto». Entonces fue como un... enséñame qué traes y a ver si nos entendemos y a ver si me gusta, y sí... hasta la fecha.

Ser bien recibida por el aprecio a su trabajo fue muy importante para Ana Paula. Pero también fue importante encontrar el campo para aprender y desarrollar sus habilidades. Poco a poco fue teniendo más encargos y responsabilidades, como hacer las fotos para el catálogo, la publicidad y otros usos. No era solamente una empleada, sino que podía proponer muchas cosas y eso la hacía sentir bien. Sin embargo, el salario le parecía bajo porque no le permitía ahorrar y seguir adelante:

...gano 8,500 al mes. Me parece poco porque no me permite ahorrar ... o sea, se me va el dinero... en lo del diario: gasolina, celular, una salidita... No puedo ahorrar para... empezar un negocio, por ejemplo. Para tener algo mío, digo, todo mundo queremos más dinero. Pienso en construir algo mío, para que en algún momento (que todavía veo muy lejano) pueda... tener la libertad de poder estar

⁷ Las citas de este apartado provienen de la transcripción de una larga entrevista realizada por la autora a Ana Paula, el 27 de mayo de 2014.

en cualquier lugar, en el lugar que decidas estar y ser capaz de... o sea, no estar estancada en una ciudad porque no tengas chamba, sino... que tengas la libertad de moverte y de hacer tus proyectos.

Ana Paula apunta que, aunque está contenta con su trabajo, a veces le parece extraño no recibir ningún crédito por sus creaciones; su nombre no aparece en ninguna parte, ni en los diseños, ni en las fotografías que toma. Entiende que trabaja para una empresa, pero se da cuenta de que ese trabajo no le está siendo útil para dar a conocer lo que ella sabe hacer porque, finalmente, ella tiene la aspiración de poder ser independiente. Piensa que, si bien todavía es muy joven y no tiene la experiencia de la dueña de la joyería (que pertenece a una familia joyera), podría encontrarse la manera de que su trabajo fuera visible. Así lo cuenta:

...yo he hecho varios diseños que se han vendido bastante bien y eso, pero nunca hay un reconocimiento para mí. O sea, yo no... yo no... O sea, yo trabajo para la marca, no tengo un nombre ahí para nada ...no he hablado con ella, pero yo... sí lo he pensado, pero... o, por ejemplo, las fotos, o sea, no hay... un reconocimiento de que hay alguien más que lo hizo. Pero también es una idea conjunta, finalmente no es todo mi diseño porque, o sea, porque la idea principal viene de la dueña y ahí vamos trabajando las dos, pero... no sé, es chistosa esa parte ...ella no me ha dicho directamente, pero mi amiga, que es su mano derecha, sí me ha dicho, «aguas con ese tipo de comentarios, igual mejor evítalos»... finalmente es también un rollo de ego, de que «pues yo lo hice, yo hice el diseño», no sé... o sea, es...[si yo le planteo que quiero reconocimiento] entonces me diría «abre tu propia marca», no sé, yo creo.

Cuenta Ana Paula que la mayoría de sus amigos trabajan. Nota que los hombres logran tener su propio negocio y que las amigas, en cambio, son empleadas en distintos lugares. Cree que nadie quiere ser empleado, sino ser el dueño del negocio. Sin embargo, habla de una amiga que estudió biología y trabaja de mesera. Piensa que sí tiene posibilidades de conseguir algo mejor pero que no busca suficientemente.

Al hablar de sus finanzas y de cómo organiza sus gastos, Ana Paula deja en claro que está buscando su independencia y que quiere ser autosuficiente en el aspecto económico. Cuenta que su papá siempre les dijo a ella y a sus hermanas: «no dependan de nadie», y que eso le quedó muy grabado. Señala que, en cambio, su mamá no hablaba del trabajo, «más bien [a ella] la veía trabajar mucho». Respecto al destino que da a su salario, dice:

Bueno, pues vivimos en casa propia. Yo no apporto para la luz, ni para el teléfono. Le doy a mi mamá lo del coche, 2,500 [pesos] y a veces le pido chance de que me rebaje, pero no, esa lana a la mejor sí la usa para ir al súper o lo que sea, pero no es que yo la ponga para eso. Más bien no le pido para nada, todo es para mis cosas. Y todo me lo pago yo, si hay un viaje o algo, tengo que ahorrar y me lo pago yo. Por ejemplo, ahora que me voy a Los Cabos con mis amigos, todo me lo pago yo.

Ana Paula dice que no tiene referencias de mujeres trabajadoras en su familia más que su madre, a quien «la veía súper chambeadora. Y consiguió su independencia».

El trabajo también ha sido revelador para Ana Paula; además de enseñarle a ser responsable, puntual y comprometida, habla del trabajo como un punto importante en la vida:

El trabajo te hace adulto porque tienes que ser responsable, cumplir con un horario, hacer las cosas bien... porque pues no eres indispensable, o sea, desde que yo entré ha habido algunas chicas que van, vienen, van, vienen y cada que se va una, dices «pues a la mejor yo soy la que sigue», ¿no? Por ejemplo, una era madre soltera y ya no le podían cuidar a la niña, o sea, razones...no que las hayan corrido de la empresa... bueno, a una sí porque demandó a la dueña porque no le dio permiso de hacer no sé qué cosas, entonces la demandó y se fue. Y otra porque se le hacía muy poquito lo que le pagaban... Mmm, pues sí, han sido otras razones, pero sí llegas a pensar eso, o consiguen a alguien más o ya tienen a alguien más, o eso...además de que no es fácil, los sueldos están fatal. Yo creo que sí soy muy afortunada, sí me gustaría que me pagaran más, pero por lo menos... No sé... el trabajo me ha dado pues experiencia, tener experiencia laboral y tener todo esto que te digo, como tomar las cosas más en serio, más así... tener tu horario, cumplir con las cosas que te piden... más responsable, quizá... más adulta...

Ana Paula no cree que el género dificulte conseguir trabajo, aunque luego reflexiona y dice, «bueno, si no estás embarazada, o tienes hijos sí es más difícil». Ella piensa tener hijos, aunque es algo que ve todavía lejano, «ni novio tengo», dice. Y habla de que los hombres de su generación no quieren compromisos y evaden relaciones serias, pero a ella sí le gustaría tener una relación larga. Así lo dice:

Está difícil, hay pocos solteros y los que hay creen que todas nos queremos casar. Huyen cobardemente, es algo que pasa mucho, como no querer... como falta de compromiso y de querer aventarte a algo. No, huyen. Prefieren relaciones cortitas ...a eso se refiere el término «generación *next*», te aburres muy pronto y hay que pasar a lo siguiente, «ya me aburrí», el que sigue, la chamba, el novio...

Ana Paula es consciente de vivir en un mundo en el que la fugacidad ha impreso su marca, tanto en el trabajo como en las relaciones amorosas. Sin embargo, aspira a tener suerte en ambos.

5. Conclusiones

Durante el siglo XX, en las clases medias tapatías no era tan fuerte la presión económica que desde muy pronto empujó a las mujeres de las clases populares al mundo del trabajo. En ese contexto, el sentido que las mujeres de clases medias construyen en relación con el trabajo, si bien con otros matices y grados mientras el tiempo avanza, está aún marcado por lo impropio, lo indeseable, lo penoso y

lo sucio, tanto por ir en contra de las identidades de género tradicionales, como por cuestionar las identidades de clase. El trabajo de las mujeres, al contrario de lo que significa en otros grupos sociales, para muchos miembros de las clases medias tapatías es el reflejo de un desclasamiento, de la pérdida del estatus, el prestigio y el reconocimiento, así como la crisis de una identidad de género que sufre para recomponerse en el contexto del mundo del trabajo entendido como masculino. Este mismo elemento estaría en la base de la agencia social que ciertas mujeres de estos grupos sociales ponen en práctica a través de diversas estrategias como formas de resistir y escapar de las determinantes de clase, género y generación.

Por otra parte, la dimensión generacional se muestra como una variable importante en el significado que tiene el trabajo para las mujeres de las clases medias. Ser, en una familia de este estrato social, la primera generación de mujeres con experiencia en el campo laboral es diferente que tener una madre o una abuela trabajadora. En las narraciones que las tres mujeres tapatías hacen en relación con lo que para ellas ha sido el trabajo, encontramos que tiene una gran relevancia la temporalidad, pero también la cultura local en sentido amplio, así como una suerte de cultura familiar que transmite significados precisos acerca del trabajo de las mujeres. Un elemento interesante es el que tanto María como María Inés incluyen en su relato: los estudios secretariales que se les impartía a las muchachas en la secundaria del colegio para niñas. Al parecer, el oficio de secretaria era considerado como una actividad digna y acorde con la idea de feminidad de la época: discreta, subordinada, sin pretensiones, a diferencia de la educación superior que daba a las mujeres la posibilidad de conseguir un buen trabajo remunerado, y alcanzar así independencia y autonomía⁸.

El relato de María describe con claridad cómo se entendía el papel de las mujeres en la sociedad de su tiempo, el cual parece formar parte sin conflicto de su identidad subjetiva. Eso no quiere decir que no protestara por lo que consideraba «injusticias» contra las mujeres -no poder ir a la universidad, no poder tener un trabajo remunerado-, pero sus protestas no llegaban hasta cuestionar el orden de género prevaleciente: se sometió a las reglas paternas primero, y luego a las del marido. Aceptó tener todos los hijos que llegaron, aceptó criarlos y dirigir la vida doméstica. No cuestionó la dependencia económica con su marido ni la forma de administrar las finanzas, pero sí encontró las vías para, una vez cumplidas las exigencias de género, dedicarse a actividades que le daban satisfacción y la alejaban del ambiente doméstico que no le agradaba tanto.

A pesar de que para su generación el trabajo remunerado no era apropiado para las mujeres, en ciertos sentidos y por otras vías María logró muchos de los beneficios del trabajo: se hizo lugar en el ámbito público; aprendió extraescolarmente

⁸ Hay que decir, sin embargo, que de las mujeres que en la generación de María lograron ir a la universidad fueron contadas las que se desempeñaron profesionalmente, sobre todo si se casaban. Esto cambió en la generación de María Inés, en la que fueron mucho más numerosas las mujeres profesionistas que sí trabajan, padeciendo así el tradicional conflicto entre el trabajo y la atención de la casa y los hijos. Para la generación de Ana Paula ya no cabe duda de la necesidad de contar con estudios universitarios, y las posibilidades de tener trabajo son determinadas más por el contexto económico que solamente por el género.

y desarrolló habilidades administrativas, técnicas e intelectuales con el pretexto de así poder ayudar a los demás; conoció la diversidad de formas de pensar y de ver la vida; estableció vínculos de trabajo con otras mujeres para lograr objetivos precisos, y, con todo ello, logró un control de su vida mucho mayor que muchas de las mujeres de su clase y su generación. No obstante, no hay que negar que esto tuvo un alto costo, ya que solamente pudo realizar sus actividades una vez que «cumplió» con todas las «obligaciones» de una mujer de su clase y de su tiempo: casarse, tener hijos y criarlos, atender su casa y lidiar con el marido. Fue solamente cuando pagó ese precio que pudo hacer lo que quería sin confrontar a su marido ni entrar en conflicto con el orden social. Es obvio que ese logro, además de ser un mérito debido a sus propias virtudes y fortalezas, se debe también a sus privilegios de clase. María tenía en contra al género y a la generación, pero a favor a la clase social y supo aprovecharla para compensar las desventajas.

Por otra parte, la historia de María Inés muestra que su generación fue la de una transición ambigua y ambivalente en relación con el significado del trabajo de las mujeres. Es en esta historia en la que vemos con mayor claridad la tensión que generó la voluntad de tener un proyecto propio y la dificultad para encontrarlo en el contexto de relaciones de género patriarcales y cuando se han pasado años en una situación de dependencia económica y dedicando todo el tiempo y energías a la crianza. Al terminar esa etapa y volver a mirar el mundo, ya sin marido y sin hijos pequeños, sobreviene un gran desconcierto derivado de cobrar conciencia de no tener herramientas para sobrevivir con autonomía. Los ya lejanos estudios profesionales no son de utilidad y hay que echar mano de habilidades no profesionales para sobrevivir, así como de los recursos que representan el capital social y cultural. María Inés tuvo que capacitarse al mismo tiempo que criaba a sus hijas y trabajaba. Por otra parte, era consciente de las contradicciones y determinaciones que tuvo que enfrentar en relación con el trabajo a partir de lo que implica ser mujer de su época. En su relato encontramos todavía la presencia de la manera en que se entendía el trabajo de las mujeres en la generación anterior: algo que es mejor hacer sin pretender una remuneración, salvo en caso de urgencia, lo cual fue justamente su caso. No obstante, su capital social y cultural le permitieron resolver su necesidad económica sin renunciar a una forma de vida definida a partir de ciertos valores establecidos, como la relevancia de dedicar el mayor tiempo posible a la crianza y de trabajar en algo que, más que darle dinero, le permitiera la realización personal y el disfrute de su actividad.

Por último, el relato de Ana Paula nos dibuja el panorama del mundo líquido en el que viven actualmente las generaciones *millennials*. Se observan lazos más laxos con las generaciones anteriores, cierta distancia con los valores y las tradiciones familiares, un mayor interés en lograr la propia autonomía y en gozar de libertad de movimiento. Las ideas sobre el género son más flexibles, pero hay más preocupación por encontrar vínculos amorosos duraderos y un trabajo que permita, además de sobrevivir en un mundo muy competido, desarrollar las propias capacidades y aprender más. Y aunque sus ideas sobre el género son más flexibles, da cuenta de que en el mundo del trabajo dichas ideas aún tiene un peso muy relevante sobre todo cuando se trata de mujeres embarazadas o con hijos pequeños.

Si retomamos la clasificación que hace Dubar (2002) de las diferentes concepciones del trabajo a la que nos referimos más arriba, podríamos decir que, en el caso de María, el trabajo es significado como una relación de servicio; en el de María Inés, como una resolución de problemas; y, en el de Ana Paula, como el establecimiento de competencias, y hemos podido constatar que dicho significado es el resultado, en cada caso, del cruce de las determinaciones del género, la generación y la clase social. También supimos que en el caso de estas tres mujeres el trabajo ha sido fundamental para ser lo que son.

Para concluir diré que, en el 2020, María sigue a sus 94 años disfrutando de contar historias de su vida; tanto, que ya ha editado dos libros con estas. Por su parte, María Inés vive otra vez con sus papás luego de acordar con sus hermanos encargarse de acompañarlos, y sigue dando clases de Música a niños de preescolar y primaria. Y Ana Paula, hace varios años que se fue a vivir a un pueblo de la costa, primero con un nuevo novio y después sola. De manera independiente, diseña y vende sus creaciones.

Referencias bibliográficas

- BAUMAN, Zygmunt (2005a). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- BAUMAN, Zygmunt (2005b). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- BARBOSA CRUZ, Mario. (2020). «Distinciones y apariencias. La clase media en la Ciudad de México entre el Porfiriato y la revolución». *Oficio. Revista de historia e interdisciplina*, (10), 9–23. Disponible en: <https://www.revistaoficio.ugto.mx/index.php/ROI/article/view/118> (Fecha de consulta: 05/04/2021)
- CABRALES, Luis Felipe (2010). «El de atrás paga: El modelo Metropolitano de Guadalajara». En: O. Urquidez (coord). *La reinvencción de la metrópoli. Algunas propuestas*, Zapopan: El Colegio de Jalisco.
- CANO, Gabriela (1993). «Revolución, feminismo y ciudadanía en México (1915-1940)», en: Thébaud, F. (dir.) *El siglo XX*, tomo 5 de Duby, G. y M. Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres*. Madrid: Taurus. Pp 685-695
- DOUGLAS, Mary (2007). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- DUBAR, Claude (2002). *La crisis de las identidades. La interpretación de una mutación*. Barcelona, Bellaterra.
- GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO (2020), «Área metropolitana de Guadalajara». Disponible en: <https://www.jalisco.gob.mx/es/jalisco/guadalajara> (Fecha de consulta: 29/03/2021)
- CANO, Gabriela (1993). «Revolución, feminismo y ciudadanía en México (1915-1940)», en: Thébaud, F. (dir.) *El siglo XX*, tomo 5 de Duby, G. y M. Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres*. Madrid: Taurus. Pp 685-695.

- GUADARRAMA, Rocío y José Luis TORRES (coords.) (2007). *Los significados del trabajo femenino en el mundo global. Estereotipos, transacciones y rupturas*. México: Anthropolos y UAM-Iztapalapa.
- GUTIÉRREZ ZÚÑIGA, Cristina, DE LA TORRE, Renée y Cintia CASTRO, (2011), *Una ciudad donde habitan muchos dioses. Cartografía religiosa de Guadalajara*. México: Centro de Investigación y Estudios en Antropología Social.
- NÚÑEZ BUSTILLOS, Juan Carlos (2008). «Nuevos tapatíos en la misma ciudad». En: Público-Milenio (eds.), *Guadalajara en tres tiempos. Mañana*. Guadalajara: Grupo Editorial Milenio. Pp 9-27.
- PALOMAR, Cristina (2017), *Feminizar no basta. Orden de género, equidad e inclusión en la educación superior*. México: ANUIES.
- PORTER, Susie (2018) *From Angel to Office Worker: Middle-Class Identity and Female Consciousness in Mexico, 1890-1950*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- RAMÍREZ, Juan Carlos (2006). «Varones, masculinidad(es) y trabajo». En: MIRANDA, Roberto y MANTILLA, Lucía. (2006). *Hombres y masculinidades en Guadalajara*. México: Universidad de Guadalajara. Pp 49-83.
- SCOTT, Joan W. (2001). «Experiencia», en: *Revista de estudios de género. La Ventana*, Núm. 13, vol. II. Pp 42-73
- SENNET, Richard (2005). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama, Barcelona, 8ª. ed.
- SENNET, Richard (2007). «Relatos del tiempo de la precariedad». Disponible en: www.nexos.com.mx (Fecha de consulta: 21/01/2007)

Recibido el 1 de octubre de 2020

Aceptado el 8 de abril de 2021

BIBLID [1132-8231 (2021): 171-191]